

Para concluir, diré que, por lo mismo que reconozco importancia al *Teatro Crítico* de la señora Pardo Bazán, suelo examinar su contenido, para contribuir de vez en cuando á que tengan menos pernicioso efecto los errores que se *deslizan* en una obra cuya influencia principal se ejerce sobre la *turbamulta* de lectores; la que no es capaz de comprender á Schopenhauer, que, por lo demás, es *clarísimo* y uno de los más acendrados ortodoxos.



BIZANTINISMO

¡Bizantinismo!

Esta es una de las palabras de que más se ha abusado; tanto, que un *bizantino*, cansado de oír repetirla, estuvo muchos días discurriendo con qué sustituirla, y por fin encontró este sinónimo: «constantinopolitanismo» que ofrecía la ventaja de tener á su vez sustituto, á saber; *estambulismo*. Pero constantinopolitanismo, aunque en rigor palabra muy apropiada á la cosa, tenía el inconveniente de presentar graves dificultades de pronunciación á los diputados *utilitarios* que quieren menos discursos y más carreteras (en su pueblo particularmente) y suelen ser tartamudos. Estas hormigas parlamentarias y regionales, son las que más suelen usar la palabreja de autos, y llaman

bizantino al mismísimo Ministro de la Gobernación, Sr. Elduayen v. gr., si se vale de muchos rodeos para negarles cualquier gollería *vecinal*. ¿Cómo estos padres temporeros de la patria habían de *manejar*... con la lengua lo del constantinopolitanismo? En cuanto á *estambulismo* es poco exacto y muy romántico; recuerda demasiado la *Canción del pirata*...

Además, las palabras no se votan como una ley cualquiera; la soberanía nacional, que en materia legislativa es un puro tropo, en que se toma al Gobierno por el pueblo, es una verdad, una realidad, en materia de lenguaje.

No vale nombrar una comisión de *nuestro seno*, ni hacer Secretario á Pando y Valle para crear idioma: y se comprende; si el hombre alalo se hubiera puesto á discutir (sobre que no podía) en los Ateneos troglodíticos de su tiempo si debía decirse *reprise* ó *represa*.... no hubiera salido nunca de su reprensible silencio, de sus interjecciones; nunca hubiera llegado al verbo ni á la conjunción; de modo que ni el uno se habría hecho carne ni la otra reformista. Se habla como se puede; se crea el lenguaje naturalmente; sale de las entrañas del pueblo, como del derecho decía Savigny, y no hay que darle vueltas. Pero una vez nacida la palabra, ya no se la puede profanar ni falsificar impunemente: su valor expresivo es

un símbolo del espíritu nacional, y no es cuestión bizantina ó constantinopolitana la de ver cómo se debe hablar para hablar como se debe.

Esto tratándose del lenguaje para uso ordinario: no digo nada si se trata del lenguaje como instrumento artístico. Decir, en literatura, que es bizantina la cuestión de la forma gramatical, es como pretender que el pintor desprecie por insignificante la *materialidad* de los colores, y pinte con la primer droga que se le presente.

Pero, dejando el arte, en el empleo corriente y utilitario del idioma, yo doy gran importancia á las palabras. Si hubiese muchos hombres *de palabra*, otro gallo nos cantara.

Por eso no me explico por qué doña Emilia Pardo Bazán da el nombre de polémica bizantina á la discusión entablada en el Casino de Marineda entre varias personas ilustradas, como v. gr., magistrados, autoridades, jurisconsultos, médicos, etcétera, etc.—¿Qué discutían aquellos señores?—Pues discutían si se debe decir *abolo*, *abuelo* ó *abullo*; según doña Emilia, unos y otros, los partidarios de cada solución, tenían argumentos y citaban autoridades... ¡y á eso lo llama la creadora de Marineda bizantinismo! Eso será *marinedismo*, á lo sumo, pues en cualquier otra capital de provincia, con Audiencia, Instituto y Capitanía general (como dice doña Emilia en estilo gráfico y en-

cantador, dejándose de descripciones prolijas, que ya no están de moda, y ateniéndose á la concisa forma del Rueda y del Verdejo), en cualquiera ciudad de España sabrán los magistrados, juriscultos, etc., etc., que abolir es defectivo en todas las formas que no acaban en *i*, ó cuyas desinencias principian por la misma vocal, según afirma la Academia, hablando por esta vez como un libro.

Llamar *bizantinos* á los que discuten si se dice *abulo*, *abuelo* ó *abolo*, es insultar, sin querer, á Constantino Láscaris y demás humanistas que nos trajeron las gallinas del Renacimiento.

Y ahora, sin perjuicio de volver á defender más adelante á los señores del Bajo Imperio, *bizantine-mos* un poco.

*
* *

¿Se debe decir *reprise*, ó reestreno, ó vice-estreno, ó revisión ó reposición, ó reproducción, ó reaparición, ó *retorno*, ó *revuelta*, ó *resaca*, ó *rehabilitación*, ó *remisión*, ó *restitución*, ó *reacción*, ó *reválida*, ó comedia *rehogada*, ó fiambre dramático, ó reincidencia ó *recidiva* (como dicen los galiparlangantes... y el Diccionario,) ó drama de segunda instancia, ó re... cluta disponible?

Yo no lo sé. Covarrubias no dice palabra.—Pero

vamos á ver: antes de empezarse á tomar la palabreja á los franceses, ¿había *eso* en España? Si; los cómicos llaman obras de repertorio las que son objeto de más *reprises* ó *reaprehensiones*.* Observemos, estudiando documentos de la *época*, como se decía antes, «que se volvía á poner en escena una obra que hacía tiempo que no se representaba;» y sigamos valiéndonos de los mil medios que habría, y hay, para decir *eso*, sin llamarlo *reprise*. ¡Cuántas palabras tenemos nosotros que no tienen los franceses! Por ejemplo, para dar un *palo* se andan con circunloquios, lo cual retarda el movimiento, y ya se sabe que el que da primero, da dos veces.

Además, por lo antes dicho, esto no lo han de arreglar entre Bofill y la señora Pardo. Basta que andemos disputando cómo se ha de decir, para que nadie tenga razón; el lexico *natural* no se impone; para que se adoptara cualquiera de las palabras propuestas, habría grandes inconvenientes; el *obstruccionismo* de todas las *oposiciones*.—Esto no es como el presupuesto, que lo hace el Gobierno y lo pagamos todos.

Si no fuera por estas consideraciones, yo también echaría mi cuarto á espadas. He aquí mi proposición, que retiraré en cuanto la defienda, como hicieron con el voto de censura á Pidal mis correligionarios de la Cámara baja:

Señores diputados: Mi proyecto introduce una saludable economía en el idioma, cuyo *déficit* crece de una manera aterradora; todos sabemos que no hay palabra en el Diccionario que no esté empuñada. El presupuesto de ingresos lo representan las ideas, el de gastos las *voquibles*; pues bien, estamos, repito, en déficit espantoso; tenemos muchas más palabras que pensamientos y buenas obras. Yo propongo, en vez de crear una palabra, que sería *una más*, con esta acepción de *reprise*, trasladar á esta *partida* un vocablo usual, pero no dejándole además su primitivo significado, sino llenando este hueco, enjugando esta deuda con *amortizable*, con otra palabra de las corrientes, cuya significación directa, usual, debe extenderse á este sentido que queda ahora *derogado*.

Me explicaré, señores diputados. En vez de *reprise* digamos *representación*, pues lo que se hace es *presentar* de nuevo, *re-presentar* al público la obra. Y á lo que antes se llamaba *representación* llámese *presentación* simplemente. ¿Por qué llamar representación á lo que se presenta por primera vez? Hoy al estreno se le puede denominar *representación*; mejor estaría *presentación*, pues el público es el juez, la autoridad, el superior, y la misma Academia dice que «presentarse es comparecer por la primera vez ante un jefe ó autoridad de quien se depende.» Y no se negará

que autores y cómicos dependen del público. Ni sería impropio, señores diputados, seguir llamando presentación á la segunda representación (en rigor primera), pues el público no es sólo el del estreno, y mientras haya espectadores que quieran ir viendo la obra por primera vez, la presentación ante el público, la autoridad, no está terminada. La verdadera *representación* comienza con lo que se llama *reprise*.

Creo, señores diputados, que, idealógicamente, mi solución es la más atinada de todas; pero así como Cánovas para salir del atranco necesita el concurso de todos los partidos... y de todos los contribuyentes, y no saldrá de apuros, porque el concurso le faltará, amén del dinero, así, yo, que no cuento con la voluntad del país para aclimatar mi palabreja... retiro la proposición y me siento. (Rumores en mi amigo Bofill y en doña Emilia.)

*
* *

Más bizantinismo. El discreto periodista, señor Canals, que escribe en *El Heraldo*, después de echarme un piropo, me advierte, sin consultarme de camino, que *etrennes* tiene un equivalente absolutamente exacto en *aguinaldo*.

Y añade que por él, sin embargo, puedo esquilarlo.

Le dejaremos una motita.

Yo hablaba de libros de *etrennes*, y no traducía la palabra, porque no existía *la cosa* entre nosotros, y por esto no tenía equivalente exacto. Si usted, Sr. Canals, le habla de libros de aguinaldo á un sereno, á un repartidor, al mundo entero... español que pide *propina* por Navidad, creerá que se trata de libros talonarios, de *cheques*, de billetes de Banco encuadrados. Aunque la Academia llama *aguinaldo* á todo regalo de Pascua de Navidad (no de *Año Nuevo*) nuestro natural pedigüño é interesado ha ido reduciendo el tal aguinaldito á una limosna en metálico.

Las costumbres ajenas y los vicios nuestros han ido haciendo que se hable de cosas muy diferentes cuando en Francia se habla de libros de *etrennes* y cuando en España se pide el aguinaldo. Esto aparte de diferencias que se revelan en la misma etimología, pero que serían lo de menos.

Y no lo esquilemos más.

No pido que nosotros llamemos libros *d' etrennes* á lo que creo que se debía publicar para regalos de Navidad ó de Año Nuevo; lo que deseo es que se escriban esos libros... y que no los llamen de aguinaldo, palabra que ha hecho aborrecible la tendencia á la ²sopa boba de nuestro pue-

blo, tan hidalgo como aficionado á recibir propinas.

* * *

Y volviendo al bizantinismo, confesaré que siempre me ha parecido injusto despreciar tanto como se desprecia los asuntos que ponían sobre el *tapete* los señores *griegos* de Constantinopla. Lo de *teotocos* y *crístocos* no debe parecerle cuestión baladí á ningún buen cristiano. «Si la luz del Tabor era creada ó increada...» ¿Pues por qué no se había de discutir eso? Averiguar si la Virgen parió á Dios ó no, es cuestión bizantina; pero es una irreverencia comparar con esta polémica las de Sagasta y Silvela cuando disputaban sobre el parto de los montes, ó sea el parto de Cánovas cuando dió de sí á Castañeda. Silvela no es bizantino; más bien es *ojival*, por el ojo que abre en las grandes ocasiones; y sobre todo, es *acerado* y *damasquino*, ya se sabe... Y en cuanto á Sagasta... es de la Rioja, donde jamás se habló de los Paleólogos, ni rigen *las basilica nómime*, que habrá ministro que no sepa con qué se comen.

* * *

Esto del bizantinismo se parece á lo de *eruditos á la violeta*.

Aquí se llama *erudito á la violeta* al que discute si se dice abuelo, abolo ó abulo.

Otro ejemplo:

Figurémonos que un historiador de *La literatura española en el siglo XIX* escribe *desdirían*. (1) ¿Qué le llamarían los *Zoilos* más severos? Pues *erudito á la violeta*; porque se mete en historias literarias sin saber conjugar verbos irregulares.

Y la verdad es que el *historiador* que no sabe que desdecir no sigue la irregularidad de decir en la segunda forma de pretérito imperfecto de subjuntivo, como asegura la Academia con gran perspicacia; el historiador que dice *desdirían* en vez de desdecirían no es un *erudito á la violeta*, ni cosa alguna que huelga bien; será un erudito al ajo del arriero.

Pues ya verán ustedes cómo á mí se me llama *bizantino* porque pongo este reparo á la obra *monumental* del P. Blanco García, el cual dice *desdirían* en *efeto*, en la pág. 269, línea 17 del segundo tomo de su *Literatura española en el siglo XIX*.

Tal vez entre las *licencias necesarias* con que

(1) Ó que una ilustre escritora escribe varias veces *andó*, como en efecto hace la señora Pardo Bazán. Véase su libro de cuentos *La dama joven*.

el P. Blanco se ha hecho fuerte, esté la licencia necesaria para conjugar mal. Pero esto, más que licencia, parece libertinaje.

* * *

En resumen: peores que los *bizantinos*... son los turcos. Y las turcas.



Á GORGIBUS

«Mi querido Gorgibus: Me preguntas qué me ha parecido de tu sobrina Cathos. Moralmente, ya lo sabes, la conocía de mucho tiempo atrás, aunque después de haberla visto y observado de cerca, se me figura que le entiendo mejor el alma; de su aspecto mortal, de su cuerpo, en lo ostensible, creo que me hablas; de eso que antes yo no conocía, quieres saber qué opino. No es vulgar, aunque lo parece por los atavíos. Tiene en su rostro algo de esfinge, porque su frialdad ó falta de expresión, es misteriosa; pero no poéticamente y á lo hierático, á no ser en cuanto pueda llamarse cosa hierática y hermética la rubicunda faz de un canónigo á lo Rabalais, ó de los *Cuentos droláticos*, de Balzac, dibujado por Dorè; ó la del *Cleri-*

gón, de Tirso, en *Don Gil de las Calzas Verdes*. Es cara aquella que se mide por estadios, como Herodoto los monumentos orientales, y casi toda ella *obra muerta*, por lo que toca á ser reflejo del espíritu.

»En ciertas arrugas de la frente veo socarronería comprimida; en expansiones más altas de la caja del cerebro, indicios de natural despejo; en los ojos de color mezclado, pequeños y avisadillos, sagacidad, estudio, penetración aguda de lo relativo y menudo, inconsciente confesión de la muy limitada idealidad, y de tarde en tarde sonriente placidez, inesperada serenidad bondadosa que desconcierta por lo incongruente. Lo que no veo allí es nada femenino. No digo que no lo haya, sino que no lo veo. Hubiera preferido contemplar á tu Cathos como vemos las antiguas estatuas que ya no conservan la pintura que dicen que tuvieron: el color habla, y cuando es falso, miente. Por eso, por lo que me dicen los colores de tu Cathos, no quiero juzgar. Si la mujer que amó al heroe de *La educación sentimental*, de Flaubert, se le hubiera presentado al final del libro como una Minerva de Fidias, restaurada por un arqueólogo amigo del romanticismo escultórico, el más patético efecto de la novela se hubiera perdido, perdiéndose la *trenza... de canas* que Mad. Arnoux regala á Federico. Tu Cathos no tiene el alma *rubia*, no es

septentrional, no es inglesa, no se parece á las mujeres dóciles y apasionadas de Shakespeare, no es capaz de sacarle al *cant* británico la poca poesía que tiene, como escrúpulo respetable y gracioso del santo recato; en vano se echa á la cabeza toda una cosecha de trigo, de doradas espigas; una cabeza rubia es una caricia del sol, un resplandor de idealidad que se plasma; nada de eso conviene á Cathos.

»El cabello negro es pasión, pero el cabello rubio puede ser la pasión que llega al rojo en la fragua de sus ardores... y las canas venerables pueden ser la pasión que llegó al *blanco*. Quien tiñe canas no tiene idea de la gama dialéctica de la dramática existencia en su vida sentimental. En el *Mefistófeles* de Boito hay una escena muy bella que falta en el *Fausto* de Gounod: aquella en que Fausto vuelve á la *extrema vejez* antes de morir. Boito comprendió mejor á Goethe, que también vuelve á su heroe á la vejez extrema.

»Si los ángeles salvan á Fausto, es porque retorna á la razón, á la verdad, á sus canas. Dante llega á comparar la vejez con una rosa muy abierta que da sus perfumes, los de la experiencia, á todos. Fausto, al volver á su vejez, piensa en el bien público, y el autor de *Convito* también atribuye al anciano la alegría de entrar en los consejos de su país para bien de todos. Pero la

mayor gloria de la vejez es acercarse á Dios; esta es para el poeta florentino la más grande belleza del anciano; la vecindad de Dios y la vista de la muerte que se le aparece como el puerto eterno en donde va á entrar en paz, contento del viaje de la vida. Ya se abaten las velas del navío, los remos se humillan y no hacen más que rozar el agua tranquila; á la ribera corren los conciudadanos y los amigos para festejar la vuelta del peregrino, los amigos de la patria celestial, por los cuales es digno de ser acogido.

»Al punto saldrá del barco así como se sale de una hospedería, y bendiciendo la vida pasada entrará en su casa»... (1) Gorgibus, díle á Cathos, tu sobrina, que no tiña de sol la nieve, que rehusar las canas es rehusar la corona de plata de la mayor sabiduría. Si hasta Cicerón, pagano, alabó la senectud y la alabó Catón el antiguo, que ella, cristiana, á su decir, no sea menos, y vea que por la nieve de esas cimas se llega á donde canta el *Coro místico*.

Alles Vergängliche
Ist nur ein Gleichniss;
Daus Unzulängliche
Hier wird 's Ereigniss;
Das Unbeschreibliche,

(1) Gebhart, *La Italia mística*.

Hier ist es gethan;
Das Ewigweibliche
Zieht uns hinan.

»Lo cual, traducido para tí, Gorgibus, no para Cathos, que bien lo entiende en alemán, quiere decir: «Todo lo perecedero es sólo un símbolo; lo insuficiente llega hasta aquí; lo inenarrable está aquí cumplido; el *eterno femenino* nos atrae»... El pelo rubio de Cathos me desconcierta; me la disfrazo, me oculta la historia de sus desvelos, de sus dolores, de sus ideas. Las canas cantan una elegía; esa mazorca contrahecha es farsa de circo, adorno de figuranta, una máscara á guisa de casco.

»¿Si creará Cathos que es armadura contra el tiempo? Los golpes de Kronos le llegarán al cerebro, á pesar del cobre de que reviste el cráneo. ¿Ó será símbolo también el disfraz del tocado? ¿Querrá decir la cabellera dorada á la moda que los sesos también se tiñen del color del tornasolado capricho? Tu pobre Cathos, como diría persona insigne, vive de apariencias; parece artista, y no lo es; parece *erudito*, y no lo es; parece *crítico*, y no lo es...; parece creyente, y no lo es: al tomar el color de cierto personaje de Milton y del Casio de Shakespeare, revela bien su propia naturaleza, sin pensarlo; vive apegada al terruño; lo mundano la deslumbra, la domina: su misticismo de ocasión y de *librería* es como un polvo dorado con que se

tiñe el alma. Más *apariencias* de tu Cathos: sus amistades.

»Ni ella estima á sus amigos, á los que valen algo, ni ellos la aprecian. ¡Si los oyera! Lo que yo digo donde ella puede oirme, no es más que una apología, comparado con lo que de ella dicen algunos que siguen tratándola. Y ¡cosa para ella más terrible! Los que así la maltratan no son los necios y los envidiosos. Esos también la despellejan, y de modo que da ganas de defenderla; pero hay más que esos: los otros, los serenos, los claramente superiores á ella.

»Pero así y todo, tal como es tu Cathos, vale más por sus apariencias y por su ratonil sapiencia y su despejo natural y sú aplicación algo difusa, que muchos que la motejan de varios modos.

«Por eso hace más daño con sus malas cualidades, con sus lamentables limitaciones de gusto, de caridad, de poesía, de profundidad intelectual y piadosa. El vulgo sano tiende á mirarla con demasiado asombro, y acaba por sentir repugnancia y algo de envidia ante ella; el vulgo sabio y refinado en la tontería colegiada suele ser partidario de Cathos, y la rodea de incienso envenenado. En estos focos es donde hace estragos esta deletérea medianía que no tiene de femenino nada de lo que nos atrae en el *femenino eterno* de que hablaba el *coro místico*. Si quisiera definir en

pocas palabras á tu sobrina Cathos, te diría, Gorgibus, que representa en su sexo lo contrario de la *Mater gloriosa* del poeta, la que dice:

Komm ¡hebe dich zu höhern Sphären!
Wenn er dich ahnet, folgt er nach.

»Vén, elévate á la más alta esfera; si te adivina, *él* te seguirá... «¡Ay, Gorgibus! el que adivine á tu Cathos no la sigue, porque Cathos rubia tiene el espíritu de aquel Mammon, dios dorado, demonio de Milton, que no quería volver al cielo, porque decía:

... This must be our task
In heaben, this our delight! How wearisome
Eternity so spent, in worship paid
To whom we hate!...

»¡Tal será nuestro cometido en el cielo, tales nuestras delicias! ¡Oh! ¡qué fastidiosa será la eternidad empleada en rendir adoración á aquel á quien odiamos!...—Y Cathos amarilla, como Casio, odia todo mérito digno de un culto. Estas y otras cosas acabé de aprender respecto del alma de Cathos, leyendo como pude en su rostro de esfinge ingerto en canónigo. Tuyo, *Alcestes*.»